

## **IMPLICACIONES POLÍTICAS Y CULTURALES DE LAS OLIMPIADAS DE MÉXICO 1968**<sup>1</sup>

Keith Brewster<sup>2</sup>

**RESUMEN:** En este artículo recorro a la celebración de un evento deportivo de gran envergadura para analizar la dinámica dentro de la sociedad anfitriona. Específicamente, desarrollo aquí la tesis de que las preparaciones para los Juegos Olímpicos de 1968 permiten apreciar las distintas tensiones existentes en ese momento dentro de la sociedad mexicana. Para sostener esta tesis insisto que no se puede tomar el año “68” en aislamiento: para comprenderlo hay que ponerlo en su contexto histórico.

**PALABRAS CLAVES (KEY WORDS):** Juegos Olímpicos, México, 1968, Política, Elite.

En este capítulo, recorro a la celebración de un evento deportivo de gran envergadura para analizar la dinámica dentro de la sociedad anfitriona. Específicamente, exploro la tesis de que las preparaciones para los Juegos Olímpicos de 1968 pueden ofrecer una apreciación de las tensiones dentro de la sociedad mexicana. Para sostener esta tesis insisto que no se puede abordar el año “68” de forma aislada: para comprender bien lo que sucedió hay que ponerlo en su contexto histórico. Es por ello que he optado por una aproximación histórica para identificar una estructura de cómo la cultura, y más específicamente el deporte, fue utilizado por la élite socio-política mexicana en las décadas anteriores.<sup>3</sup> Mi tesis es que si comparamos los pensamientos y actos de la élite en la década de 1960 con los de las décadas anteriores, se pueden apreciar muy pocos cambios en su forma de percibir a la sociedad.

Debo admitir que mi primera aproximación a la historiografía del deporte no fue muy alentadora. Gran parte de la historia del deporte, al menos en Gran Bretaña y Estados Unidos, muestra una dependencia a la información subjetiva proporcionada por los periódicos y por las discusiones académicas. Hay muy poca evidencia de investigaciones basadas en trabajo de archivo. De la misma manera, los historiadores del deporte parecen tener horizontes muy limitados al concentrarse casi exclusivamente en eventos deportivos o figuras representativas. Como Jeffrey Hill sugiere, ha habido una tendencia a considerar la “historia [del deporte] dejando a un lado la política” (Hill. s/f: 355-361).

Pero esto no es totalmente cierto en lo que se refiere al análisis de los Juegos Olímpicos de 1968, ya que encontramos informes o relatos, frecuentemente escritos por ex-atletas, que se centran en sus

actuaciones en el enrarecido ambiente que se experimentó en ese momento en la Ciudad de México (Coote.1968).

No obstante, la culminación del Movimiento Estudiantil fue tan traumática que la mayoría de los análisis históricos de 1968 han adoptado por una aproximación que podría clasificarse como “historia política dejando a un lado el deporte”.<sup>4</sup> En otras palabras, para intentar entender bien lo que sucedió en Tlatelolco, el evento deportivo es subsidiario. Aunque Allen Guttman sugiere que ahora los historiadores se han dado cuenta de la interrelación entre el deporte y la política, no estoy convencido que ese sea el caso para los Juegos Olímpicos de 1968 (Guttman. s/f: 363).

Por supuesto, resaltar las incapacidades de la historia del deporte no explica porqué utilizo el deporte como herramienta para el análisis histórico. Pero mi decisión de utilizar la historia del deporte ha sido influenciada por el uso reciente de la *historia cultural* para entender la experiencia de grupos subalternos en el México posrevolucionario. A pesar de que creo que ésta ha llevado a algunos a confiar demasiado en la evidencia subjetiva, considero que otros, entre ellos a Mary Kay Vaughan, han usado evidencia empírica y subjetiva con buenos resultados. Por ejemplo, Vaughan usa la cultura como una herramienta para identificar las escuelas rurales como un lugar de negociación entre el estado y el pueblo (Vaughan. 1997: 23-29).

En otras publicaciones he cuestionado el nivel de unidad inter-étnica y de construcción de la nación que dichas negociaciones producían, pero a pesar de ello, reconozco los motivos y la naturaleza de los proyectos de las élites para usar la cultura, incluyendo el deporte, para efectuar cambios en la sociedad. En cambio, en este artículo planteo una pregunta ligeramente diferente: ¿si las reformas posrevolucionarias consiguieron una medida de mutuo entendimiento, fue el compromiso resultante satisfactorio para aquellos que habían diseñado las reformas? En otras palabras, ¿en México 68 sirvió el resultado final para despejar, de algún modo, las preocupaciones que habían llevado a la élite socio-política a plantear dichas reformas?

Para poder responder a estas preguntas, necesitamos saber cómo la élite se percibía a ella misma, y cómo percibía a su nación y a sus compatriotas. Dos observaciones sobre nacionalidad pueden ayudarnos al respecto: primeramente, Octavio Paz sugiere en *El laberinto de la soledad* que las ideas de nacionalismo mexicano fueron frecuentemente tomadas prestadas de afuera; segundo, Tom Nairn sugiere en sus trabajos sobre nacionalismo que, cuando los países en vías de desarrollo se mueven hacia la modernidad, lo hacen de forma dubitativa, manteniendo vínculos con varias

identidades previas mientras simultáneamente asumen otra.<sup>5</sup> Esta mezcla de nuevo, viejo y prestado fue mostrada por generaciones de élites, tanto antes como después de la Revolución. En su excelente estudio *Mexico and the World Fairs*, Tenorio Trillo muestra cómo diferentes grupos de la élite vacilaron en la forma en que México debía ser mostrado en el panorama internacional desde el Porfiriato hasta finales de la década de 1930 (Tenorio. 1996: 181-240).

Así, unas veces celebraban orgullosamente la herencia colonial española, y otras veces adoptaban una aproximación contemporánea de modernidad. La imagen de las raíces indígenas fue saneada, civilizada y mostrada de forma apetecible a las sensibilidades no sólo de una audiencia extranjera, sino también de la propia élite mexicana. Educados desde una temprana edad para apreciar a los Clásicos, los líderes Aztecas fueron mostrados como héroes nacionales, pero de tal forma que adquirirían el atuendo de la Antigua Grecia. A pesar de ello, el asunto de cómo resolver el “problema indio” seguía latente para la élite reformista. Es importante resaltar que la revolución no representó un hito al respecto. Al contrario, el problema existía antes de ésta, fue discutido calurosamente por Manuel Gamio y otros, y continuó existiendo en las décadas posteriores. A pesar de ello, soy consciente de que el choque que representó para la sensibilidad urbana de la élite la ocupación de sus propios espacios por parte del México rural, ya fuera el Sanborns Café o el Zócalo, reforzó la necesidad de encontrar una solución a la cuestión de la identidad nacional y la unidad. Y es en este nuevo contexto que el deporte jugó un papel importante.

Tanto antes como después de la Revolución hay un vacío entre la forma en que la élite quería que México fuera visto por los extranjeros, y la realidad que observaban a diario. Es a través del análisis de cómo la élite buscó transformar a la sociedad para acercarla a su ideal que podemos apreciar el valor de la cultura, incluyendo el deporte. Gran parte de esta transformación fue encargada a la recién creada SEP, y fue desarrollada a través de cambios indiscriminados al currículum escolar para fomentar un sentimiento de nacionalidad, inclusión y desarrollo. Incluso si nos centramos en el papel del deporte en el proyecto cultural del Estado, hay que tener en cuenta cómo afectó a la implementación de las reformas el tono cambiante de los debates políticos, que pasaron de un énfasis en la redención individual durante la década de 1920, a los esfuerzos colectivos durante la de 1930 y a un militarismo patriótico en la de 1940.

A lo largo de las décadas de 1930 y 1940, el otro tema principal en la promoción del deporte y de otras iniciativas culturales fue, por supuesto, el programa indigenista. El programa de educación rural de la SEP siempre incluyó a las comunidades indígenas, pero en febrero de 1935 se dio un

nuevo énfasis al elemento indigenista en la educación socialista de la SEP al lanzarse la “campana nacionalista” para “revivir el entusiasmo y propagar la práctica de los deportes y juegos recreativos que fueron practicados por diversas tribus indígenas de nuestro país, con lo que se espera podrá crearse una nueva modalidad de la educación Física Nacional” (Tenorio. 1996: 181-240).

La revista bimensual del Ministerio para maestros, *El Maestro Rural*, incluía artículos dando detalles de danzas indígenas regionales y juegos con la esperanza de diseminarlos a través de la extensa red de escuelas rurales federales. ¿Debiéramos ver estos ejemplos como una aproximación hacia la raza cósmica prevista por Vasconcelos, o algún otro modelo de armonía inter-étnica? Sería desconsiderado negar que importantes sectores del gobierno y la mayoría de la sociedad mostraron una considerablemente buena voluntad hacia los grupos indígenas, pero me atrevo a cuestionar el espíritu que hubo detrás de esta manifestación cultural y deportiva de la política indigenista. En todos los ejemplos anteriores podemos observar celebraciones altamente simbólicas de la cultura física indígena, pero a parte de la promulgación de estas actividades en *El Maestro Rural* o en aperturas ceremoniales de eventos deportivos, ¿hay alguna evidencia real de cambios fundamentales en la sociedad mestiza dominante para acomodar rasgos culturales indígenas?

Al tratar el tema de culturas deportivas indígenas no quiero dar la impresión de que he caído en la trampa en la que caen los historiadores políticos: el concebir a las culturas indígenas como estáticas y fundamentalmente defensivas frente a la avalancha de la cultura dominante. Al contrario, estoy de acuerdo con las observaciones de Jeremy MacClancy de que los estudios de etno-nacionalismo han enfatizado, frecuentemente en demasía, el hecho de que los líderes de los grupos etno-nacionales “hacen énfasis simultáneamente en los aspectos de su cultura distintivamente tradicionales y distintivamente modernos” (MacClancey. 1996: 9-10).

Pero debemos recordar que en este texto estamos considerando la perspectiva de la élite mexicana dominante durante el periodo posrevolucionario. Por lo tanto, así como la estatua de Cuauhtémoc congela su imagen en el tiempo (si bien con una toga griega), también las percepciones de la cultura física indígena eran imágenes congeladas del pasado, que no suponían una amenaza. El contraste entre la celebración ceremonial de la cultura deportiva indígena y la adopción en masa de deportes occidentales sugieren un proceso de asimilación escondido tras un velo de apreciación intercultural. La búsqueda de modelos de cultura deportiva en México llevó a la élite, de forma inexorable, hacia el mundo occidental, mientras que la retórica cultural de la Revolución se remitía a una visión idealista del pasado precolombino.

¿Puede la fusión de esta perspectiva con la aproximación cultural más amplia de la élite en el período posrevolucionario ayudarnos a calibrar el desarrollo en la sociedad varias décadas después? Quizás la mejor forma es centrarnos en los patrones de comportamiento. A lo largo de las primeras décadas del siglo XX, la élite mexicana mostró indeterminación respecto a cómo su nación debía ser proyectada a nivel internacional. Esto puede sugerir una falta de consenso respecto a la cuestión de una identidad nacional, o también que se dieron cuenta de que el comportamiento del campesinado no estaba a la altura de sus aspiraciones. A pesar de que el carácter extraordinario del pasado precolombino de México podría haber ofrecido la base para el desarrollo de una identidad nacional, hubiera sido difícil para la élite y para la sociedad mayoritariamente mestiza convencerse de que compartían una afinidad con aquellos a los que miraban desde la distancia de la superioridad. Por lo tanto, recordatorios de pasadas glorias precolombinas fueron celebrados tanto en los murales de Diego Rivera como en pintorescas actuaciones ceremoniales en festivales nacionales. Fundamentalmente, si la sociedad mexicana tenía que estar a la altura de las aspiraciones de la élite, aquella debía ser rescatada de su estancamiento y sus “camino perezosos”. Naturalmente, las herramientas para llevar a cabo este rescate vinieron de los países que la élite admiraba: Estados Unidos y Europa Occidental. La promoción del baloncesto, el béisbol y posteriormente el fútbol como deportes de participación masiva contribuirían, tal como el presidente Ávila Camacho sugería, a un proyecto más amplio de inculcar cualidades “para luchar eficazmente contra los viejos vicios heredados, y también para inculcar en los grandes sectores de la población las normas de vida sana y culta de todo país avanzado”.<sup>6</sup>

Por lo tanto, mientras avanzamos hacia las Olimpiadas de 1968 celebradas en la Ciudad de México, nuestro análisis tiene que mantener presente este modo de actuar de la élite. Si los objetivos de las reformas socioculturales fueron conseguidos, debiéramos ser capaces de verlos en la forma en que los organizadores y las autoridades usaron los Juegos para proyectar una determinada imagen de la nación a la audiencia internacional. A diferencia de las ferias comerciales del pasado, los Juegos Olímpicos en México fueron llamados a organizar no una, sino múltiples exhibiciones. Y al realizarse en suelo mexicano, quizás la exhibición más crucial fue la del mismo pueblo mexicano. Es concretamente por esta razón que creo que los Juegos Olímpicos son muy reveladores.

El 28 de abril de 1969, el Comité Olímpico Mexicano presentó su informe anual del año olímpico que acababa de pasar. Con bastante acierto declaraba que los Juegos de la Ciudad de México habían sido los mejores hasta la fecha, generando entusiasmo en todos los sectores de la sociedad

mexicana, e introduciendo cambios irreversibles en los hábitos deportivos de la nación. Afirmaba con confianza que “la demostración ante el mundo entero de nuestra capacidad organizativa ha proyectado una imagen del México moderno que borraré para siempre la visión errónea que mucha gente tenía de nuestro país como apático, indolente y rezagado.” El informe continuaba enumerando todas las críticas expresadas antes de los Juegos en referencia a la capacidad de México de actuar como anfitriona de los Juegos Olímpicos. Decían que México no era un país maduro, que las instalaciones no estarían listas a tiempo, y que México no podría asumir todos los gastos producidos por los Juegos. El informe concluía diciendo que “El mundo entero tuvo la oportunidad, junto con la minoría de mexicanos incrédulos, de constatar cómo ninguno de estos presagios pesimistas se cumplió.”

“Apático”, “indolente”, “rezagado”. ¿Era verdad que, a pesar de dos décadas de crecimiento económico sin precedentes y más de tres décadas de reformas socioculturales, los extranjeros continuaban viendo a los mexicanos bajo la misma perspectiva que sus predecesores de inicios del siglo XX? La evidencia está mezclada. No debiéramos perder de vista el hecho de que la comunidad internacional, representada en los miembros del COI, tenía suficiente confianza en México como para otorgarle la celebración de los Juegos. Aunque el análisis del porqué de esta confianza está más allá del alcance de esta ponencia, no habría que desestimar el hecho de que la imagen proyectada por México a nivel internacional podía haberse transformado según las aspiraciones de la élite. A pesar de ello, hay ciertamente suficiente evidencia para sugerir que no toda la comunidad internacional estaba convencida de la entrada de México en el “Primer Mundo”. A modo de ejemplo, una de las imágenes más reproducidas de lo típicamente mexicano era un campesino con bigote durmiendo a la sombra de un cactus gigante. Otras imágenes más siniestras, como la violencia y las dictaduras militares, también eran asociadas a México pero como consecuencia de una visión general de la vida política en Latinoamérica. Quizás el ejemplo más extremo fue un artículo publicado a inicios de 1968 por un periodista alemán, Siegfried Kogelfranz, en *Der Spiegel*.<sup>7</sup> El autor se refería al mestizaje de la raza mexicana, y cuestionaba su capacidad para organizar los Juegos e incluso para ganar medallas. Mientras las editoriales mexicanas desacreditaron a Kogelfranz, calificándolo como uno de los pocos que todavía sentían simpatía por las concepciones racistas de los nazis, su artículo fue, en cierto modo, a dar en el blanco. Solamente treinta años antes, los administradores deportivos señalaban envidiosamente la gran acogida que el deporte tenía en Europa Occidental (incluyendo a Alemania), y concluían que era solamente a través de la práctica del deporte que los mexicanos podrían desarrollar las características necesarias para mejorar su base racial y posibilitar el avance del país.<sup>8</sup> El tono despectivo se mantenía incluso

entre los extranjeros mejor informados. La imagen de “la tierra del mañana” impregnaba y corrompía la correspondencia entre el COI y los Comités Olímpicos Nacionales, y particularmente del Comité Olímpico Británico. Más relevante aún fue la gran cobertura de prensa dada a los comentarios hechos por Thomas Keller, presidente de la Federación Internacional de Remo quien, en 1966, después de que le enseñaran el campo abierto dónde iban a construirse los carriles para el remo, volvió a Europa y con rabia contenida predijo que las instalaciones se construirían a tiempo.<sup>9</sup>

Por lo tanto, si la comunidad internacional todavía tenía que ser convencida por México de su desarrollo, ¿qué ocurría con la élite mexicana que había querido encarar al país en esa dirección? La tesis de este capítulo es que “la minoría de dudosos mexicanos” a los que se refiere el informe del COM, incluía a miembros de la élite mexicana que no sólo eran conscientes del escepticismo de los extranjeros respecto a la capacidad organizativa de los mexicanos, sino que compartían las mismas preocupaciones. Creo que la evidencia para sostener esta tesis se encuentra en las acciones del Comité Organizativo. Para un mejor entendimiento, presentaré estas acciones desde dos perspectivas distintas: internacional y doméstica.

Empezaremos tratando el tema de la auto-proyección internacional de México. Cuando entrevisté a Pedro Ramírez Vázquez hace unos años, le pregunté cómo había querido, en calidad de presidente del Comité Organizador, que los extranjeros recordaran los Juegos de 1968.<sup>10</sup> Me contestó que su intención era que los Juegos fueran recordados como algo claramente mexicano. Pero, ¿qué quería decir con esto? Como tantos otros organizadores de exhibiciones mexicanas en ferias internacionales, el Comité Organizador necesitaba definir a México en el escenario internacional. Inevitablemente, durante los años previos a los Juegos, muchos temas entraron en juego, pero los que voy a presentar a continuación son los más relevantes.

En las notas de un encuentro del COI previo a los Juegos del 68, se mencionaba que México era la primera nación del Tercer Mundo que acogía unos Juegos Olímpicos. Un funcionario mexicano sin identificar tachó las palabras “Tercer Mundo” y las reemplazó por “en vías de desarrollo”. Este hecho es relevante, porque muestra que México estaba presionando para entrar en el “Mundo desarrollado”, y quería crear la impresión de que merecía la entrada en el grupo por la eficiencia con que había organizado los Juegos. Es útil recuperar en este momento los pensamientos de Tom Nairn sobre la identidad nacional en momentos de transición: incluso si un país mira hacia delante aspirando a un futuro nuevo, también lanza miradas nerviosas hacia su pasado en busca de evidencia de sus raíces. Prueba de esta afirmación puede encontrarse en la forma en que México

fue retratado en 1968. Había muchos ejemplos visibles del avance de México hacia la modernidad: el diseño de las instalaciones deportivas y la infraestructura; la utilización de las telecomunicaciones más avanzadas; y los sofisticados métodos científicos para medir los efectos de la altitud y realizar controles de antidopaje. Pero también se hizo un esfuerzo para relacionar esta visión de modernidad con las raíces mexicanas precolombinas. El ejemplo más claro fue, tal como lo sugirió Ramírez Vázquez, el uso de las líneas concéntricas del huichol precolombino para el diseño del logo de México '68. Ese diseño representaba una muestra simbólica de la fusión exitosa de lo antiguo y lo moderno, y de la compatibilidad de las culturas indígenas y mestizas. Merece la pena fijarnos (adentrarnos) en este simbolismo para comprobar la profundidad de dicha compatibilidad. Otra de las formas en que el pasado indígena de México era retratado era a través de un débil paralelismo entre las civilizaciones antiguas. Se hicieron grandes esfuerzos para equiparar a los Aztecas con los Griegos (Antigua Grecia). Se escribieron poemas, el Papa envió las Odas Olímpicas de Pindaro como contribución a los Juegos, boletines oficiales resaltaron la importancia de la permanencia de la llama olímpica en Teotihuacan antes de hacer el viaje final hacia el Estadio Olímpico, y los periódicos estaban plagados de retórica y comicidad haciendo esta conexión. Quizás estoy sugiriendo una lectura muy significativa de la forma en que México se presentó, ya que cualquier otro país, ya fuera desarrollado o subdesarrollado, no hubiera dejado escapar una oportunidad como ésta para establecer un paralelismo. A pesar de ello, esta imagen de México era una imagen de la cual la élite mexicana se hubiera sentido orgullosa y hubiera querido proyectar. Tal como la élite porfiriana vistió a Cuauhtémoc con toga, también sus sucesores produjeron una imagen del México precolombino que les permitía sentarse confortablemente al lado de las civilizaciones más refinadas del mundo. En 1968, la cultura precolombina se mostraba en espectáculos para turistas en los que bailarines aztecas bailaban con camisetas blancas y dientes blancos, como limpiados con lejía. Otra vez más, lo que presentaban era una versión saneada de la cultura indígena, con la que tanto mexicanos como extranjeros podían sentirse cómodos.

Otra prueba de la indecisión de la élite mexicana de abrazar plenamente la modernidad fue la forma en la que se auto-posicionó en el contexto de la diplomacia internacional. Parecía orgullosa de mostrarse en el marco internacional todavía aferrada a su posición de líder del Tercer Mundo, como se puede apreciar observando varios actos del Comité Organizador. Quizás el más estridente de todos ellos fue la reacción al boicot propuesto por las naciones africanas si el equipo sudafricano competía en los Juegos de México. A pesar de la presión considerable ejercida por las naciones dominantes en el COI, incluyendo a Estados Unidos y Gran Bretaña, y la insistencia del presidente del COI, Avery Brundage, de que el deporte y la política no tenían que mezclarse, la delegación

mexicana permaneció inflexible en su decisión de que Sudáfrica debía ser excluida de los Juegos. Porqué México se situó en una situación tan precaria, es una cuestión abierta. Si las recién formadas naciones de África hubieran boicoteado sus primeros Juegos Olímpicos, hubiera sido un desastre para el Comité Organizador. Igualmente, había cierto recelo entre los delegados mexicanos de que el lobby blanco y angloparlante del COI estaba dispuesto a forzar a México y a otras naciones a hacer lo que ellos querían. En consecuencia, la posición de México puede ser vista como resistencia a la intimidación del lobby.

Es posible que a México le resultara difícil renunciar a su posición de defensor de las naciones más pequeñas del mundo. Esta posición se hace más clara al considerar otro aspecto del posicionamiento de México en el escenario internacional. Plenamente consciente de que era la primera vez que un país hispano-hablante acogía a los Juegos, México estaba decidido a presentarse a sí mismo como representante del continente Latinoamericano. Las aspiraciones del Comité quedaron claras en junio de 1968, cuando lanzó la primera de una serie de charlas en la radio con el siguiente mensaje:

“El compromiso de México es, en realidad, un compromiso con todos los países que hablan español, especialmente los de Latinoamérica. Es por esa razón que el Comité quiere que tantos americanos como sea posible demuestren lo que pueden hacer a través de México. Por lo tanto, el Comité Olímpico quiere que las emisoras de radio tomen unos minutos para informar de lo que está ocurriendo en México, y que así muestren la capacidad organizativa y eficiencia de los latinoamericanos”.<sup>11</sup>

Un tema dominante de esta serie de charlas fue la fraternidad entre los países latinoamericanos, una fraternidad que el Ministerio de Deportes Mexicano reforzó ofreciendo medios de entrenamiento y apoyo económico a las naciones más pobres de Centroamérica, para ayudarles a prepararse para competir en los Juegos.

Más evidencia que sugiere la postura ambigua de México en el momento de auto-presentarse ante la comunidad internacional se refleja, según mi punto de vista, en la forma en que presentó el perfil de la Olimpiadas Culturales. Con actividades culturales de todo el mundo a lo largo de un año, los organizadores se desmarcaron de la tendencia previa de moderadas contribuciones culturales a la Olimpiada. Cuando le pregunté a Ramírez Vázquez porqué el Comité Organizador había optado por hacer esto, respondió que su deseo había sido hacer las Olimpiadas lo más inclusivas posible. Ya que no todos los países podrían competir en atletismo contra otros que tuvieran mejores medios de entrenamiento, al menos todos los países podrían presentar una contribución única y equivalente

en las Olimpiadas Culturales, y así podrían dejar a México sintiendo que el honor nacional había sido satisfecho. Saber si Ramírez Vázquez situaba a México entre esta categoría de países es difícil de saber, pero la realidad es que en las Olimpiadas anteriores México no había tenido un gran éxito deportivo. Contrariamente, en los campos de la historia y la cultura podía competir con las naciones más poderosas del mundo. Esto me lleva a recordar un comentario expresado por un político mexicano que excusó la pobre actuación del equipo nacional en las Olimpiadas de 1948 alegando que “los mexicanos no son atletas, son poetas”.

Queda por responder dónde, desde mi punto de vista, se pueden encontrar los indicadores más claros de las dudas de la élite a nivel doméstico. Reconozco que tengo que ser cauteloso y distinguir entre los pasos que toman todas las ciudades que son anfitrionas de unos Juegos Olímpicos, de los que tomaron el Comité Organizativo mexicano y las autoridades locales. Así, por ejemplo, el hecho de que periódicos y críticos políticos acusaran a las autoridades de destinar fondos que tenían que ser invertidos en proyectos sociales para las Olimpiadas no es una situación exclusivamente mexicana. Tampoco lo es el intento por parte de las autoridades municipales de embellecer la ciudad mediante fuentes, flores, una nueva capa de pintura, etc. En cambio, la forma y la intensidad con la que los organizadores mexicanos intentaron preparar a los mexicanos para los Juegos Olímpicos, sugiere algo ligeramente extraordinario.

Primero, consideremos la campaña informativa lanzada por el Comité Organizador, que fue transmitida al público mexicano a través del cine y la televisión. Ramírez Vázquez explica que al relevar a López Mateos en la organización de los Juegos debido a su enfermedad, ya se habían planificado una serie de emisiones paternalistas para recordar a los mexicanos sus deberes mientras duraran los Juegos. Creyendo que esa no era la mejor forma de hacerse de la cooperación ciudadana, él reivindica su autoría en la creación de la idea de usar el humor para transmitir el mensaje del Comité. Quizás los más mayores de ustedes recuerden que la solución fue Cantinflas caracterizado en uno de sus papeles más populares: el Oficial 777. En una serie de cortos, el Oficial 777 se enfrenta con las diferentes clases de delitos menores que el Comité creía necesario corregir antes de que los visitantes llegaran. Es a través de estos cortos que podemos observar una imagen de la percepción, por parte de la élite, de la sociedad mexicana a finales de la década de 1960. En los cortos, el Oficial 777 lleva a la policía local una serie de personajes y situaciones que los visitantes se encontrarían durante los Juegos Olímpicos: un taxista tratando de timar a unos turistas, aficionados al fútbol borrachos peleando en el estadio Azteca, una ama de casa tirando basura a la calle, y un hippie haciendo el ridículo en medio de la calle. El mensaje estaba claro en cada uno de

estos casos: los mexicanos tenían que modificar su comportamiento para dar una buena impresión, para presentar a México bajo la mejor percepción y proveer de dignidad a la nación mexicana. Es interesante remarcar cuáles fueron los elementos de la vida mexicana que el Comité decidió resaltar: deshonestidad, suciedad, violencia, borrachera, y corrupción policial. Todos los elementos que el Comité Organizador quería erradicar, o como mínimo ocultar hasta que se hubieran acabado los Juegos Olímpicos. Las semejanzas entre estas características y las debilidades que se percibían en la sociedad mexicana en las décadas de 1930 y 1940 no deben perderse de vista.

El último ejemplo que quiero proporcionar como evidencia del desconcierto de la élite en definir cómo los extranjeros tenían que percibir a México y los mexicanos, es el esfuerzo por embellecer a la Ciudad de México. Como ya he dicho, tales acciones no son raras, pero sí es inusual la forma en que reaccionó la opinión pública mexicana. Algunos miembros de la sociedad aplaudieron los esfuerzos de las autoridades para emblanquecer las paredes, instalar fuentes, y limpiar las calles de basura y otros desperdicios que no eran agradables a la vista (y, en este sentido, las protestas estudiantiles eran tan problemáticas como los vendedores ambulantes del Centro Histórico). Otra parte de la sociedad lamentó que esos esfuerzos sólo durarían lo que los Juegos. E incluso otros, tanto entonces como después de los Juegos, reclamaron que la misma naturaleza de la campaña de embellecimiento podía tener la grave consecuencia de eliminar los elementos característicos del carácter mexicano fuera de los Juegos. Artículos en los periódicos criticaron los esfuerzos hechos por reconvertir la Ciudad de México en otra a la moda cultural del sofisticado mundo Occidental. Concretamente, un artículo retrataba a la Ciudad de México como la inocente chica de campo que intenta imitar los gestos y posturas de la gran ciudad.<sup>12</sup> Otro artículo criticaba a las autoridades locales por animar a la gente a pintar sus casas. Medio en broma, medio en serio, el autor aludía a la imagen que el extranjero tendría del desaseado mexicano al preguntar, “¿no tendría más sentido lavar al león antes de limpiar su jaula?” El mismo autor continuaba el artículo meditando si la práctica continuaría después de los Juegos, o si “solamente era necesario lavarse la cara para el extranjero”.<sup>13</sup> Obviamente, lo que todos ellos señalaban es que las autoridades de la ciudad y el Comité Organizador estaban siendo poco honrados. Estaban intentando moldear a los ciudadanos para satisfacer sus propias aspiraciones, en lugar de tener la confianza de mostrar a los mexicanos como realmente eran. Claramente, las divisiones en el interior de la sociedad mexicana que eran visibles a inicios del siglo XX no habían desaparecido. Es más, asumían de forma extraña la multitud de posturas que México quería asumir a nivel internacional. Mientras muchos aspectos de la Ciudad de México como anfitriona de los Juegos mostraba que México era una nación moderna y capaz, detrás de las nuevas y flamantes instalaciones deportivas había humildes barriadas, recuerdo del Tercer Mundo que México quería vencer. Ambos mundos coexistían incómodamente

en la Ciudad de México y, a pesar de que normalmente nunca se encontraban, con motivo de los Juegos se vieron forzados a encararse.

Durante los Juegos, el carácter verdadero del pueblo mexicano se mostró irreprochable y proveyó con uno de los puntos culminantes de las Olimpiadas del 68. Teniendo en cuenta las escenas caóticas que habían ocurrido en Tokio cuatro años antes, el COI había dado instrucciones estrictas respecto a cómo gestionar la ceremonia de Clausura de 1968. En lugar de que todos los miembros de los equipos nacionales dieran la vuelta al estadio Olímpico, sólo un representante de cada país llevando el nombre del mismo en una pancarta podría desfilarse ante la multitud. Como parte del espectáculo, las luces de cada parte del Estadio se fueron apagando progresivamente, hasta que sólo quedó prendida la luz de la antorcha olímpica. Cuando la antorcha se apagó, el cielo se iluminó con un espectáculo magnífico de fuegos artificiales. Mientras tanto, una banda de 1000 mariachis había entrado en la arena del Estadio y, cuando los fuegos artificiales se acabaron, empezaron a tocar un potpourri de melodías mexicanas. Incapaz de contener sus emociones, un atleta africano rompió filas y corrió hacia la masa de gente, moviendo su traje nacional con gestos dramáticos. Cuando otros atletas siguieron el ejemplo, la audiencia se unió a la excitación y, lanzando los sombreros al aire, se desplazaron hacia la arena para ayudar a los atletas de todas las partes del mundo a convertir la ceremonia de clausura en una espontánea fiesta mexicana.<sup>14</sup> Quizás el Comité Organizador tenía que haber tenido más fe en su población. Al menos en esta ocasión, las crudas emociones del pueblo mexicano demostraron no ser débiles sino que, muy al contrario, probaron tener una fortaleza que proveyó a la ceremonia de clausura el carácter único y de clímax de los Juegos Olímpicos de 1968.

Lo que espero haber demostrado en esta ponencia es que las formas aparentemente contradictorias con que México se mostró a sí mismo en los Juegos Olímpicos de 1968, se hacen más fáciles de comprender si se considera que fueron simplemente el último capítulo en un modelo de confusión, que duró décadas, respecto a la identidad nacional. Por supuesto, el deporte no es la única aproximación posible a la cuestión. Tlatelolco provocó un movimiento de revisionismo respecto a relaciones asumidas entre Estado y Nación. Además, creo que queda mucho trabajo por hacer en el análisis de la relación que sucesivas administraciones tuvieron con las generaciones más jóvenes. Igualmente, en un mundo post-Chiapas, los analistas han revisado las diversas soluciones propuestas al “problema indígena”. Pero mi decisión de centrarme en el género del deporte es deliberado, y se deriva de los atributos redentores atribuidos al deporte por la élite mexicana. A nivel doméstico, la promoción del deporte revela las ansiedades y esperanzas de un grupo

minoritario de dar forma a una sociedad según sus propias preferencias. A nivel internacional, sobretodo en el papel de anfitrión, se puede observar una confusión basada en un vacío entre un ideal y la realidad. La proyección de México a nivel internacional como una mezcla de ansiedad e inseguridad respecto a sí mismo, a la vez que mostraba un patriotismo confiado, reflejó las contradicciones económicas y sociales que socavaron la retórica revolucionaria de unidad. Empezando con las reformas culturales de la Secretaria de Educación Pública en los años 20 y 30, y terminando con los Juegos Olímpicos del '68, hay muchos ejemplos de cómo la élite usó el deporte como parte de una política cultural para cambiar el carácter del mexicano: para crear gente más eficaz, más moderna y más europea. Propongo que estas iniciativas revelan una falta de confianza por parte de la clase alta con respecto a sus paisanos, y una preocupación por los estereotipos de los mexicanos en el mundo internacional. Este análisis de las preparaciones para los Juegos Olímpicos del '68 sostiene que se puede ver la misma falta de confianza y que, con los ojos del mundo sobre México, la élite tuvo miedo de que la realidad mexicana no se conformara a la retórica del mundo moderno al que aspiraba.

## REFERENCIAS

- Guttman A. "Sport, Politics, and the Engaged Historian". En *Journal of Contemporary History* vol. 38 (3), 363-375.
- Brasher C. (1968). *Mexico 1968: a diary of the XIXth Olympiad*. London: S. Paul.
- Coote, J. (1968). *Olympic report 1968: Mexico & Grenoble*. London: Hale.
- "Deportes y Juegos Indígenas" *El Nacional*, 7 febrero 1935.
- Jeffrey Hill, "Introduction: Sport and Politics" *Journal of Contemporary History* vol. 38 (3), 355-361.
- Jeremy MacClancey. "Sport, Identity and Ethnicity" en Jeremy MacClancey (ed.), *Sport, Identity and Ethnicity* (1996). Oxford: Berg.
- Gilabert, C. (1993). *El hábito de la utopía: análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*. México: Instituto Mora / Miguel Ángel Porrúa.
- "Los Males de la Olimpiada" *El Universal*, 22 de julio de 1968.
- "La Brocha Olímpica" *Excelsior*, 29 de enero de 1968.
- Nairn, T. (1997). *Faces of Nationalism: Janus Revisited*. London: Verso.
- "Nuestro Rostro Limpio" *El Nacional*, 20 de enero de 1968.

Paz, O (1967). *The Labyrinth of Solitude: Life and Thought in Mexico*. London: The Penguin Press.

Scherer, J. y Monsiváis, C. (1999). *Parte de guerra, Tlatelolco 1968: documentos del general Marcelino García Barragán: los hechos y la historia*. México: Nuevo Siglo/Aguilar.

Tenorio, M. (1996). *Mexico at the World Fairs*. Berkeley: University of California.

Vaughan, M. (1997). *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-40*. Tucson: University of Arizona Press.

“Vestir a la Ciudad” *Novedades*, 22 de noviembre de 1967.

#### NOTAS:

<sup>1</sup> Este proyecto está financiado en parte por una beca de la Arts and Humanities Research Council de Gran Bretaña.

<sup>2</sup> Keith Brewster: Senior Lecturer, School of Historical Studies, Armstrong Building Newcastle University, Newcastle upon Tyne, NE1 7RU, Tel. 44 + (0)191 222 5080. Su correo es: [keith.brewster@newcastle.ac.uk](mailto:keith.brewster@newcastle.ac.uk)

<sup>3</sup> Para las necesidades de esta investigación, defino la élite como el sector minoritario de la población que, a través de factores como la educación, la riqueza, el lugar de residencia, y la exposición a la cultura internacional, se posiciona a parte del resto de la sociedad. A pesar de que la composición de este grupo pueda variar de un período a otro, se mantiene como un elemento siempre presente en el proceso de dirigir los valores sociales y culturales de la nación.

<sup>4</sup> Consultar, por ejemplo: Scherer, J. y Monsiváis, C. (1999). *Parte de guerra, Tlatelolco 1968: documentos del general Marcelino García Barragán: los hechos y la historia*. México, D.F; Gilabert, C. (1993). *El hábito de la utopía: análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*. México: Instituto Mora- Miguel Ángel Porrúa.

<sup>5</sup> Véase. Paz, O (1967). *The Labyrinth of Solitude: Life and Thought in Mexico*. London: The Penguin Press, pp. 39-46.

Nairn, T. (1997). *Faces of Nationalism: Janus Revisited*. London: Verso, pp. 71-72.

<sup>6</sup> Archivo General de la Nación (AGN), Manuel Ávila Camacho, 532/29, 7 noviembre 1941.

<sup>7</sup> *El Nacional*, 3 marzo 1968; *Novedades*, 3 marzo 1968.

<sup>8</sup> AGN, Lázaro Cárdenas 532.2/1. Documento fechado en septiembre de 1935.

<sup>9</sup> Archivo del Comité Internacional Olímpico (IOC), P.V Sesiones 1964-1966, CIO sesiones en Madrid 6-9 octubre de 1965, p. 9. Después de que el Comité Organizador proveyera el informe, Brundage mencionó que la objeción se presentó por la Federación Internacional de Remo respecto a las instalaciones deportivas; Archivo del IOC, documento 0100624 Correspondencia 1963-67. Consultar la carta fechada el 7 de diciembre de 1966 de Keller a Brundage quejándose sobre la deficiente preparación de los carriles del remo, y sugiriendo un cambio de país para la regata que tenía que celebrarse en octubre de 1967.

<sup>10</sup> Keith Brewster, entrevista con Pedro Ramírez Vázquez, Ciudad de México, 26 de abril de 2001.

<sup>11</sup> AGN, Comité Organizador de los Juegos Olímpicos, caja 403, Charlas Radiofónicas, Nos 1-104.

<sup>12</sup> “Los Males de la Olimpiada” *El Universal*, 22 de julio de 1968.

<sup>13</sup> “La Brocha Olímpica” *Excelsior*, 29 de enero de 1968. “Vestir a la Ciudad” *Novedades*, 22 de noviembre de 1967 solicitaba más esfuerzo en limpiar la ciudad; “Nuestro Rostro Limpio” *El Nacional*, 20 de enero de 1968, solicita a los ciudadanos de la Ciudad de México a hacer lo mismo.

<sup>14</sup> Imágenes visuales de la ceremonia de clausura aparecen en la Película Oficial de los Juegos de la Ciudad de México de 1968, pero un comentario más ilustrativo y con pies de nota aparece en “La Clausura de la Olimpiada XIX” Cine Mundial, disponible en la Filmoteca Nacional, Ciudad de México.